



Unamuno y la libertad del lector

Esteban Reyes Celedón

Universidade Federal Fluminense

celedonesteban@yahoo.com.br

Resumen

Don Miguel de Unamuno, en el primer capítulo de *Del sentimiento trágico de la vida*, nos habla del “hombre de carne y hueso”: el hombre que nace, sufre y muere; cualquiera de nosotros que, entre otras cosas, sienten “dolor de muelas”. Se trata de un hombre real no ideal, un hombre que puede ser visto, tocado, con el cual podemos hablar. Es real, existe, está aquí.

Tomamos del escritor chileno Jorge Edwards su idea de “Fantasmas de carne y hueso”. Pues, considera ciertos fantasmas tan reales como los hombres que sufren con la presencia de éstos; son fantasmas que vienen del pasado, que nos asustan, que son reales, pues reales son nuestros temores; de ellos podemos hablar, los podemos sentir, nos hacen llorar.

Verificamos que Unamuno está atormentado, sufre pues para él la vida es trágica, ya que no puede encontrar la armonía entre los contrarios. Lo trágico en su vida no serían la razón y la fe y sí sus “fantasmas de carne y hueso”. Lo que le atormenta es su pasado, o mejor, el hecho de no poder olvidar su pasado. Estaría prisionero de fantasmas, fantasmas reales, tan reales como los hombres que sienten “dolor de muelas”.

Palabras-clave: Unamuno - Edwards - filosofía - autonomía - real

Ferrater Mora empieza su libro sobre la obra de Don Miguel de Unamuno afirmando que “Hay por lo menos tres modos de estudiar la obra de un escritor, y en particular de un pensador: el modo erudito, el crítico y el interpretativo” (Ferrater, 1985: 9).

Al leer *Del sentimiento trágico de la vida* (Unamuno, 1982) se verifica que hay una gran contradicción (contradicción en el sentido filosófico, aquella que da origen al pensamiento filosófico, el *thauma* griego; o tal vez sea mejor decir espanto o perplejidad); pues, si por un lado, la lectura del inicio y el final del libro (el primer capítulo y la conclusión) ayuda a organizar las ideas sobre su libro *Vida de don Quijote y Sancho*; por otro lado surge una enorme decepción con la mayor parte del libro, pues habla de un problema de cierta forma irreal, o como se dice en filosofía: un falso problema (que no es lo mismo que un problema falso).



Pues bien, como se manifiestan dos sentimientos distintos sobre el libro leído (y releído) *-Del sentimiento trágico de la vida-*, aquí se escribe de dos modos, también, distintos: sobre el inicio y la conclusión, la escritura es de ‘modo interpretativo’; ya sobre todo los otros capítulos se intenta hacer una ‘crítica’. El ‘modo erudito’ queda para otra ocasión¹.

Se empieza, entonces, por el primer capítulo, que nos habla del “hombre de carne y hueso”. Unamuno, cansado de las definiciones filosóficas sobre el hombre, decide trabajar con una noción más real, más próxima, más palpable. Él no quiere y no le interesa el “Hombre Racional” como idea, como concepto, ni la propia Idea (platónica) de hombre; no se preocupa por ninguna de estas definiciones intelectuales y de cierta forma irreales. Al contrario él nos habla del hombre que nace, sufre y muere; que es “yo” y también “tú” o cualquier hombre o mujer de carne y hueso que, entre otras cosas, siente “dolor de muelas”. Se trata de un hombre (o mujer) real no ideal, un hombre (o mujer) que puede ser visto, tocado, con el cual podemos hablar. Es real, existe, está aquí, tiene nombre propio.

En este momento se hace oportuno recordar el libro de cuentos del escritor chileno Jorge Edwards *Fantasmas de carne y hueso*. Sin duda, tanto el título como la propia obra tienen una cierta resonancia con el pensamiento de Unamuno. Sólo que, en cierto sentido, el escritor chileno logra ser más interesante que su compañero español. Pues, el primero considera ciertos fantasmas tan reales como los hombres que sufren con la presencia de éstos; son fantasmas que vienen del pasado, que asustan, que son reales, pues reales son los temores por ellos provocados (o quizá son los temores que crean a los fantasmas); son “fantasmas de carne y hueso”: de los cuales se puede hablar, se pueden sentir, hacen llorar e, incluso, se les puede dar nombres propios.

Se preguntarán qué tiene que ver esta noción de Jorge Edwards con la de Don Miguel. Es que, excluyendo el primer capítulo de *Del sentimiento trágico de la vida* y su conclusión (sobre el Quijote), lo que se ve es que Unamuno está atormentado, sufre por causa de algunos “fantasmas de carne y hueso”. Básicamente: la religión y la fe. Sufre, pues para él la vida es trágica, ya que no puede encontrar la armonía entre los supuestos contrarios: razón y fe (entiéndase, fe religiosa, específicamente la cristiana).

¿Será que Unamuno, profesor de griego, no leyó al poeta helénico?

¹ Ferrater Mora llama la atención sobre el hecho de que hay una forma del modo crítico respetable: es la que se adopta cuando se somete a escrutinio un pensamiento ajeno tomando como base el propio –siempre que este último sea debidamente elaborado y no consista en una mera ristra de opiniones más o menos arbitrarias- (Ferrater, 1985: 10).



“No comprenden cómo lo divergente puede concordar consigo; armonía de tensiones contrarias, como el arco y la lira.” (Heráclito, 1997: fragmento 51).

Una lectura más detenida permite verificar que razón y fe no son realmente contrarios. Lo contrario de la razón es la irracionalidad y lo contrario de la fe es la falta de fe, la no creencia, que no tiene nada que ver con la razón o la sinrazón. Son incontables los filósofos, o pensadores, que tanto trabajan, o trabajaron, con la fe como con la razón, independientemente, sin ninguna tragedia.

Aun más, se puede decir (de hecho, ya lo afirmaron pensadores como Humberto Maturana y Edgar Amorin) que el hombre (ese hombre de carne y hueso, hombre o mujer singular) si por un lado es racional, por otro también es irracional. Al leer la obra filosófica de Unamuno, el lector o lectora es racional (para que la pueda entender); así como al leer una carta de amor, el lector o lectora (amante) es sentimental, completamente irracional. No hay nada de trágico en ello, es posible estudiar y amar sin ningún problema, sin ninguna coacción, sin embarazo. Quien trabaja también descansa; quien ahorra también gasta; quien se ríe también llora. Sin ningún problema, los contrarios conviven armónicamente en las personas, en sus acciones, en sus cuerpos y en sus almas (o mentes), pues todos los hombres y mujeres son duales, binarios.

Con esto ya se puede afirmar que lo trágico en la vida de Unamuno no son la razón y la fe y sí sus “fantasmas de carne y hueso”. Lo que le atormenta es su pasado, o mejor, el hecho de no poder olvidar su pasado, no puede usufructuar la llamada facultad del olvido que Nietzsche tanto valoraba. Don Miguel está prisionero, no de hombres, sí de fantasmas, fantasmas reales, tan reales como el hombre o mujer que siente “dolor de muelas”.

Por lo que se ha visto hasta ahora, este trabajo, más que una crítica, es una propuesta de un camino posible como análisis y crítica de parte de la obra filosófica de Unamuno o del sentimiento de este filósofo.

En este momento se pasa a la conclusión de *Del sentimiento trágico de la vida*. Don Miguel reflexiona sobre la posible independencia, en una novela, del personaje en relación a su creador. Verbigracia, *Niebla*. En esta obra, el autor piensa que puede eliminar a su protagonista apenas con un movimiento de pluma. Es ahí que el personaje (de cuyo nombre no me recuerdo ahora) gana independencia, para no decir vida propia. Este singular protagonista, en provecho de su actual situación, desafía y se revela contra su autor advirtiéndole que éste (el autor) también puede perecer, basta que Dios (creador del mundo real) deje de soñar con él (autor).



¿Qué es lo que se ve aquí? En primer lugar, el personaje gana otro tipo de existencia, se vuelve algo así como un personaje de carne y hueso, o mejor, un “hombre de carne y hueso”.

En segundo lugar, el autor de la obra (hombre de carne y hueso) pasa a ser el producto de un sueño divino, dislocándose del mundo real para el onírico. Sabiendo que todo sueño termina cuando el sujeto deja de soñarlo, el autor, ahora en otro mundo (el onírico) se vuelve un personaje poco perenne, un ser efímero, perecedero.

Quizá sea prudente aclarar lo que se quiere designar cuando se habla en ese “se vuelve”. El volverse designa un cambio de perspectiva con relación a la autonomía (o voluntad). Por un lado, el personaje gana autonomía y pasa a ser visto “como si fuese” un hombre real. Por otro lado, el autor, que tiene toda la autonomía con relación a su obra, la pierde y pasa a ser visto “como si fuese” un mero personaje ficcional. Lo que se verifica es una inversión de papeles, una inversión de valores, muy interesante y que, sin duda, puede ser trabajada y analizada con mucha más profundidad. Queda aquí una propuesta más posible de estudio.

Volviendo al asunto principal. ¿A dónde conduce todo esto? A muchos lugares, a muchas lecturas, entre ellas al *Quijote*, que es el tema de la conclusión del libro de Unamuno.

Para el escritor y filósofo español, -y ya lo había explicado en su *Vida de don Quijote y Sancho*- el personaje (de cuyo nombre me acuerdo perfectamente, don Quijote) gana independencia, gana la vida, gana la existencia, independiente de su autor/creador (como Pinocho, del clásico cuento infantil del escritor Carlo Collodi). Don Quijote, protagonista de la obra de Unamuno, no es el anacrónico personaje del escritor Miguel de Cervantes Saavedra ni del “falso *Quijote*” de Alonso de Avellaneda. Ahora es un hombre de carne y hueso y, como tal, se puede hablar de él y olvidarse de Cervantes (como lo hizo Unamuno en su obra ya citada).

Poco importa lo que Cervantes dijo o quiso decir, ahora se habla de don Quijote (hombre de carne y hueso) y no del personaje esclavo de Cervantes o de la pluma del sabio árabe. Sólo así es posible comprender la libertad con que Unamuno habla de don Quijote, todo lo dicho, sobredicho y sotodicho de este, ahora, “hombre de carne y hueso”. Todo esto es muy interesante pues a partir del filósofo y escritor español se puede hablar de una obra o de sus personajes de un modo diferente, con completa libertad. Todo porque el personaje gana autonomía; la obra se vuelve autónoma, independiente de su primer autor.



De este modo se llega, por fin, a la libertad del lector. Ésta es, en realidad, una consecuencia de la libertad o autonomía del personaje, que conduce a la libertad de interpretación y posibilidad de reescritura de un clásico, como lo hizo don Miguel de Unamuno con el personaje y obra cervantinos. Que quede claro que no es otro *Quijote*, es el mismo *Quijote* (y don Quijote) visto y (re)escrito de un modo diferente. Así, también, todo Desocupado Lector conquista, por consecuencia, la libertad de lectura o lecturas.

Que Dios les dé salud
Y de mí no se olvide,
¡Vale!

Bibliografía

- Edwards, Jorge (1992). *Fantasmas de carne y hueso*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Ferrater Mora, José (1985). *Unamuno. Bosquejo de una filosofía*, Madrid, Alianza.
- Héraclite (1997). *Fragments*, traducción y comentarios de Marcel Conche, Paris, PUF.
- Unamuno, Miguel de (1982). *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Espasa-Calpe, S.A.
- Unamuno, Miguel de (1975). *Niebla*. Madrid: Santillana.
- Unamuno, Miguel de (1987). *Vida de don Quijote y Sancho*, Madrid, Alianza.

Datos del autor

Esteban Reyes Celedón. Doctor en Literaturas Hispánicas por la UFRJ (Universidade Federal do Rio de Janeiro), con tesis sobre “El Quijote” de Cervantes. Licenciado en Filosofía por la UERJ (Universidade do Estado do Rio de Janeiro), donde trabajó como profesor de Filosofía y Filosofía de la Educación. Actualmente es profesor de Español (Lengua y Literatura) en la Universidade Federal Fluminense. Posee gran experiencia como profesor de Español Lengua Extranjera y Literatura Española. Es miembro de las Asociaciones de Hispanistas de Argentina y Brasil.

